

J. B. Alberdi

D. F. Sarmiento

## La gran polémica nacional



*Cartas Quillotanas • Las Ciento y una*

Prólogo de Lucila Pagliai

2do Centenario  
**leviatán**

LA FOTOCOPIA  
MATA EL LIBRO  
Y ES UN DELITO

982	Alberdi, Juan Bautista
CDD	La gran polémica nacional
	Juan Bautista Alberdi y Domingo F. Sarmiento.
	1a ed. - Buenos Aires: Leviatán, 2005.
	320 p.; 20x14 cm. - (Segundo Centenario)
	ISBN 987-514-076-7
	1. Historia Argentina I. Sarmiento, Domingo F. II. Título

Diseño de tapa e interior: Hernán Morfese

Primera reimpresión, Septiembre de 2005

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

copyright © by Editorial Leviatán.

Salta 259- CP 1074 Buenos Aires. Argentina.

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

mail: editorial@e-leviatan.com.ar

http://www.e-leviatan.com.ar

## Índice

Prólogo de Lucila Pagliai: *Escribir la pasión desde el intelecto* ..... 9

### La polémica

Juan Bautista Alberdi: *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina ("Cartas Quillotanas")*

Primera carta .....	35
Segunda carta.....	53
Tercera carta.....	87
Cuarta carta.....	117

### Domingo Faustino Sarmiento: *Las ciento y una*

Primera de ciento y una .....	143
Segunda de las ciento y una. Y va de zambra .....	163
Tercera de las ciento y una.....	185
Cuarta de las ciento y una. Sigue la danza.....	201
Quinta de las ciento y una. ¡Ya escampa!.....	239

### Juan Bautista Alberdi: *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la Argentina*

I.....	278
II.....	283
III .....	288
IV .....	294
V.....	297
VI.....	311

## ALBERDI Y SARMIENTO: ESCRIBIR LA PASIÓN DESDE EL INTELECTO

La gran polémica de la organización nacional en las  
*Cartas quillotanas* y *Las ciento y una*

### 1. La historia conocida

La más célebre de las polémicas entre Sarmiento y Alberdi —que nunca cesaron de polemizar— se produce inmediatamente después de Caseros, cuando la política de Urquiza los enfrenta en un ruidoso intercambio de cartas —las *quillotanas* de Alberdi y las *ciento y una* de Sarmiento— que recoge la prensa chilena.

La historia es conocida: en 1851 Urquiza se había pronunciado contra Rosas; reúne alrededor de sí a importantes caudillos y jefes militares, y con el auxilio de tropas brasileñas y uruguayas, organiza el *Ejército Grande* dispuesto a dar la batalla definitiva contra el régimen. El país —y especialmente Entre Ríos— ofrece ahora zonas libres del poder rosista y los exiliados vuelven; entre ellos Sarmiento, deseoso de asumir un papel protagónico en el país sin Rosas, para el cual se había venido preparando durante los largos años de ostracismo.

A pesar de haber preferido un puesto de conducción en la estructura militar —al que Sarmiento aspiraba por fortaleza de carácter, compromiso político e historia personal—, Urquiza decide utilizar sus habilidades de periodista y lo nombra Boletín del Ejército Grande. Las imágenes de la época lo muestran con uniforme a la europea —no obligatorio y poco extendido en una campaña militar de gauchos—, cuyo uso Sarmiento propiciaba y practicaba como marca de pertenencia y disciplina en lo que entendía debía ser un *ejército nacional*.

Derrotado Rosas en la batalla de Caseros, Urquiza intenta aglutinar a antirrosistas y rosistas en el nuevo proyecto de país, con algunas excepciones que por lo general apuntaron solo a los jefes mazorqueros.

Alberdi, siempre en Chile, escribe las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, cuyo Prefacio fecha en Valparaíso el 1º de mayo de 1852. Hace llegar la obra a Urquiza a través de manos amigas, y éste —lo mismo que Sarmiento que también la conoce y elogia— se entusiasma con ella, la manda imprimir y la distribuye profusamente. Como es sabido, el Congreso Constituyente reunido en Santa Fe la tomará como fuente privilegiada, por sus valores intrínsecos y también por la escasez de otras obras de esa envergadura<sup>1</sup>.

A los pocos meses de Caseros, Sarmiento, sin haber encontrado un lugar preciso y destacado en el nuevo escenario, se enemista en Buenos Aires con Urquiza: ve en sus gestos políticos los atributos negativos de un caudillo federal que no sólo continúa en la base con la política anterior, sino que reimplementa el uso de la divisa punzó, símbolo fresco en la memoria del rosismo recientemente derrotado. Reinstalado en su papel de opositor, Sarmiento vuelve a Chi-

<sup>1</sup> Ver *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia / Planeta, 2000. Tomo V, apartado 17 "Pensamiento político y proyectos constitucionales (1810-1880)".

le con un solo objetivo prioritario: descalificar *urbi et orbi* a Urquiza, a su política y a sus seguidores, y machacar con su idea de organización nacional ligada al destino de progreso del gran puerto de ultramar, y a la educación popular como instrumento de integración y transformación en el marco de ese modelo.

En el torbellino de los meses de 1852, Alberdi auspicia en Valparaíso la creación de un Club filourquicista y recibe también la designación de Encargado de Negocios de la Confederación ante el Gobierno chileno —su gran amigo Juan María Gutiérrez fue Ministro de Relaciones Exteriores en el de Urquiza—, cargo que sin embargo no acepta de inmediato ("Si yo admito un empleo permanente y lucrativo, al instante dirán que mi libro <Bases> ha sido una escalera para subir a los empleos", explica al Ministro en carta privada)<sup>2</sup>. Sarmiento, ya de regreso en Chile, propicia la fundación en Santiago del otro Club —integrado este por conspicuos residentes argentinos críticos del urquicismo— cuya Acta inicial encabeza el General Las Heras.

Mientras tanto, Buenos Aires, por razones complejas que incluyen el modo de representación de las provincias en el Congreso Constituyente y no excluyen la vocación hegemónica, se levanta en armas contra el Gobierno de Urquiza y se escinde de la Confederación.

## 2. El camino hacia la construcción de la polémica

De las disidencias y creciente enemistad de los dos antiguos compañeros de exilio y de proyecto se nutre la polémica: ambos buscan —y encuentran— en sus respectivas historias argumentos sólidos para censurar y reprochar al otro, con el objetivo inmediato

<sup>2</sup> MAYER, Jorge M. *Alberdi y su tiempo*. Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, 2ª edición, 1973, tomo I,

de señalar sus falencias como interlocutor idóneo de las complejidades que la hora requiere.

La permanencia de Alberdi en el extranjero en los momentos definitorios de la nueva era que Caseros inauguraba había generado en Sarmiento un desagrado explícito, profundizado por el apoyo activo que Alberdi brindaba a la política de Urquiza, desconociendo el terreno y la opinión de quienes – como Sarmiento – habían participado de los hechos. Alberdi, por su parte, veía en Sarmiento un político ambicioso y poco confiable – un periodista soberbio y sabelotodo sin ninguna formación – que desplegaba sus ataques o sus loas en función de los espacios que obtenía en los diversos escenarios.

Con ese espíritu volcado en una producción epistolar en el formato de la *carta abierta*<sup>3</sup>, ambos construyen la polémica durante los primeros meses de 1853. Se trata de *dos series de cartas*: una primera integrada por cuatro piezas de Alberdi, seguida por otra serie de cinco piezas de Sarmiento, a la que se agrega una quinta y última carta de Alberdi que cierra la polémica (Alberdi escribe una sexta carta que no publica<sup>4</sup>). Es importante recalcar que a pesar del aparato de enunciación epistolar y la cercanía en el tiempo de ambas producciones, no se trata de una *correspondencia* sino de dos conjuntos de escritura sucesiva: es el *discurso argumentativo* construido en los vaivenes de las proposiciones propias y de la refutación del otro el que instala el *espacio de intercambio y las condiciones para la polémica*.

<sup>3</sup> Ver SCHVARZMAN, Julio (1996). “Pólvora y tinta. La estrategia polémica de *Las Ciento y una*”. En *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*, Buenos Aires, Biblos.

<sup>4</sup> Ver ALBERDI, Juan Bautista. “Carta quillotana inédita. Noticia de los estudios que no ha hecho y de la educación que no ha recibido el escritor y pedagogo don Domingo Faustino Sarmiento”. En *Escritos póstumos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, tomo XII.

Esta es la secuencia con que ambos la construyen:

1) Sarmiento publica la “Carta de Yungay” – allí había escrito *Argirópolis* – dirigida a Urquiza y fechada en Valparaíso el 13 de octubre de 1852, a la que inicia con una declaración de propósitos de franqueza y buena voluntad que no mitigará la crítica dura y fustigadora que le sigue.

2) Sarmiento difunde su “ad memorandum” sobre el Ejército Grande y las maniobras de Urquiza antes de Caseros – trabajo que al parecer quería mantener en un círculo restringido sin ampliarlo ni publicarlo por el momento como un escrito mayor – y ese memorandum aparece en manos de la prensa de Buenos Aires; Sarmiento atribuye esa filtración al *Diario de Valparaíso* editado por Alberdi, que lo tiene como blanco de sus críticas (“No es lo mismo atacar a hombres de corazón y de luces que combatir a mazorqueros y degolladores”, se dice de él en el *Diario*).

3) Sarmiento publica en diciembre de 1852 *Campaña en el Ejército Grande* – no *del* sino *en*, es decir Sarmiento como protagonista de los acontecimientos – y se lo dedica a Alberdi con una carta provocadora y ofensiva, que también fecha en Yungay un mes después que la carta abierta a Urquiza. A ese respecto, Alberdi dice a Félix Frías el 13 de diciembre de 1852: “<Sarmiento> Me ha dedicado una publicación baja y loca, que él llama su Campaña en el Ejército grande, y me dirige insultos que me han decidido a no repetírselos sino a estudiarlo a él, con respeto y dignidad, en sus obras anteriores y presentes, en su tendencia nueva.”<sup>5</sup>

<sup>5</sup> MAYER, Jorge y MARTÍNEZ, Ernesto A. *Cartas inéditas de Juan Bautista Alberdi a Juan María Gutiérrez y Félix Frías*. Recopilación e Introducción. Buenos Aires, Luz del Día, 1953.

4) Fiel a esa línea, Alberdi responde a Sarmiento con la publicación en marzo de 1853 de un folleto titulado *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina*, conocidas como “Cartas quillotanas”: las tres primeras están fechadas en Quillota y son de enero de 1853; la cuarta es de febrero y está fechada en Valparaíso.

Alberdi encabeza su “Primera carta” con una corta “Advertencia” explicativa (“Bueno será que el lector empiece por instruirse de la siguiente carta, que ha motivado la presente publicación”), a la que sigue la transcripción de la dedicatoria de la *Campaña*. Al tratamiento “Mi querido Alberdi” utilizado por Sarmiento en esa dedicatoria, Alberdi responde aquí con un seco “Sarmiento”, que precede la descalificación irónica y desdeñosa del hombre y de su obra.

5) Si bien han sido producidas y fechadas antes, Sarmiento recién se entera de la existencia de estas cartas que Alberdi le dirige, con la publicación del folleto en marzo de 1853. Entre abril y mayo, también públicamente, le responde con las cinco cartas de *Las ciento y una*.

En la “Primera de ciento y una”, Sarmiento toma el guante que le arrojó Alberdi y muestra desde el encabezamiento por dónde irá su escritura: “Al Excmo. Señor enviado plenipotenciario efectivo cerca de los diarios de Valparaíso y, ad referendum, cerca del gobierno de Chile, doctor don Juan Bautista Alberdi”.

6) Por último, Alberdi responde con la publicación de *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina* donde, entre otros ataques y precisiones demoledoras, incluye extractos de antiguas cartas que Sarmiento le dirigió, contradictorias de sus posiciones actuales en la política y en lo personal.

Con organización de tratado, tono sereno y subtexto apasionado, *Complicidad de la prensa* también se inicia con una “Advertencia”. En ese breve texto, Alberdi escamotea a Sarmiento como sujeto con nombre propio por vía del recurso al verbo impersonal (“se

han empleado), y solo alude a él y a su accionar a través de referencias oblicuas fuertemente descalificadoras para el *innombrado / innombrable* que todos reconocen (irracional, calumniador, irrespetuoso, integrante privilegiado de la prensa del desorden, detractor).

### 3. El antecedente de la “Carta de Yungay”

¿Quién desata la polémica? Ambos ven —y acusan— como responsable al otro.

Es cierto que la “Carta de Yungay” pone en funcionamiento la *maquinaria Sarmiento*: con este escrito y con la dedicatoria de la *Campaña* se configura la agenda inicial de la polémica. Es interesante detenerse un poco en el discurso de esa “Carta”.

Allí, el “Diputado al Congreso Constituyente argentino”, “elegido a unanimidad de votos por la provincia de San Juan, su patria” (es decir, con pleno derecho de asistir a ese Congreso: no es un dato menor en el esquema argumentativo de Sarmiento), se dirige “al general de Entre Ríos, D. Justo José de Urquiza”, “vencedor de Caseros” en estos términos iniciales:

Mi distinguido general:

Colaborador oscuro en otro tiempo en la obra que S.E. se propone llevar a cabo para organizar nuestra patria; admitido en una época en sus consejos, y separado espontáneamente desde que creí injustificado el sistema de política seguido, volví voluntariamente a la antigua expatriación a fin de conservar en la práctica la pureza de los principios de que me había por diez años constituido órgano, y de no ser, al propio tiempo, arrastrado por los movimientos y las perturbaciones que preveía en germen. No siendo su sostenedor, general, no habiendo querido hacerme su opositor, permítame romper el silencio decoroso que me había autoimpuesto, en nombre de aquel *patriotismo honrado* que S.E. me reconoció, y que tuvo la indulgencia de decírmelo a mí mismo dos

días antes de la batalla de Caseros. Desde entonces a acá nada he hecho, general, que me haga desmerecer aquellos honrosos dictados. Nada haré en adelante, cuente con ello, que desdiga de tan honorables antecedentes. Esta es mi ambición, general, ambición a la que no aspiran, créanlo, muchos de los que lo rodean, y lo dejan extraviarse, porque no les conviene desagradarlo.(...) <sup>6</sup>

Después de estas palabras conciliadoras, la pintura de la realidad argentina post Caseros es brutal. A medida que avanza en la escritura, Sarmiento profundiza la *estrategia de la increpación*: dice que Urquiza está acabado (“¡Perdido!, general, ¡perdido!”), que ya no confían en él “ni sus amigos ni sus enemigos” (“imposible es que aunque lo jure de rodillas nadie le crea una palabra”); que su “falta de hábito de estudiar la política”, sus caprichos (“a cada paso por los motivos más frívolos atropella todo”) y su manejo arbitrario del poder (“por hacer su gusto”) lo conducirán inevitablemente al destino de Rosas:

Las mismas causas producen siempre los mismos efectos, general; no se engañe. (...) ¿cómo disimularse que su vida pública anterior requerirá la indulgencia de la historia? (...) usted es desde Artigas, Quiroga, Rosas, el que más prisioneros ha degollado (...). ¿Hasta cuándo llevará a toda aquella población a hacer la guerra de exterminio sin recompensa, sin paga, sin caridad? ¿Es su condado Entre Ríos? ¿Son sus habitantes todos hijos suyos, aunque tenga usted tantos naturales?

Urquiza —sigue avanzando la voz acusadora— no cumple sus promesas, no respeta a sus aliados, no conoce a los soldados ni a los

<sup>6</sup> SARMIENTO, D. F. “Las ciento y una. Época preconstitucional”. En: *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1950, tomo XV.

ciudadanos: no solo a los unitarios, *tampoco a los federales*. A punto de entrar en la rebelde Buenos Aires, el desprestigio de su figura es irreversible, su falta de sentido común imperdonable:

¿Cómo le ha podido pasar por la cabeza que porque sostuvieron a Rosas, Anchorena, Arana, Costa, Lagos, etc., lo habrían de servir a S.E.? ¿Qué, son los hombres bestias de posta, indiferentes al que las ha de ensillar?

(...) ¿Cuenta con las provincias? Pero, ¿qué tienen en común las provincias con S.E., a quien no conocen?

La cuestión actual —prosigue Sarmiento— no es más entre unitarios y federales: es entre los serviciales amigos “domésticos” y los “amigos honrados” a quien Urquiza —como a él— no ha querido escuchar; y mucho menos se trata de reinstalar la idea de enfrentamientos —ahora ficticios— entre provincianos y porteños que solo sirven para reavivar el fantasma latente de la guerra civil:

Ya empieza a tocarse el cencerro con que se alborota a las provincias. ¡Los pícaros porteños! ¡A los porteños! Desde Artigas hasta Facundo, éste ha sido el grito universal. Se olvidan que si Rosas o Buenos Aires han destruido a las provincias aniquilándolas o esclavizándolas, ha sido por la mano de los provincianos Benavídez, Virasoro, López, Urquiza, sus ciegos instrumentos, sus vendidos verdugos.(...)

Es singular que el primer hombre que se separó de S.E. fuese el provinciano más provinciano, un tal Sarmiento; y que entre los desterrados de Junio figuren el doctor Vélez, provinciano, y el doctor Ortiz, provinciano.

¿A quién quiere engañar Urquiza con ese Congreso constituyente, “donde están sus escribientes, sus lacayos para dirigirlo”, sin los delegados de varias provincias incluida Buenos Aires? “Mán-

delo disolver”, le dice, mezclando deliberadamente a griegos y troyanos contra un caudillaje de apoyos degradados:

(...) convoque a un nuevo Congreso elegido libremente, en el que entren los señores Alberdi, Guido, Alsina, Anchorena, López, Domínguez, Mitre, Lagos (el coronel), Portilla, Vélez, Carril, Pico, los generales Pacheco, Pinto y Oro, Aberastain, Mármol, Sarmiento, hombres de saber, de prestigio, de autoridad, de conocimiento. Reúnelo en el Rosario, y declare territorio federal diez leguas a la redonda (...).

Sarmiento va a seguir desgranando con minucia los errores políticos que achaca a Urquiza: los de antes y después de Caseros, los que están a la vista y los que el público todavía no conoce (todo está en los Archivos de los Ministerios de Relaciones Exteriores del Brasil y del Uruguay, advierte). Sarmiento conoce bien a Urquiza y sabe —y denuncia y alerta a las provincias— que no se trata de improvisación o inexperiencia: lo planeó todo desde los días de Entre Ríos, la humillación de la divisa punzó, el escarmiento innecesario de los porteños, el gobierno de los amigos obsecuentes, la continuidad de los negocios. Ni las ideas renovadoras “de Congreso, de libertad, de libre navegación”, de rentas y de aduanas que Urquiza postula tibiamente, le pertenecen: están en *Argirópolis*, en *Civilización y barbarie* y en tantos otros escritos conocidos de Sarmiento, dice.

Hacia el final, Sarmiento instituye a la “Carta de Yungay” como una respuesta a la pregunta implícita con que la atraviesa y justifica: ¿qué hacer ante tanto desastre? Mientras Urquiza se rodea de hombres oscuros y mediocres que envía al Congreso (y de diplomáticos y plumas a sueldo también, habrá acusado antes en alusión velada a Alberdi en Chile y a Mármol en Brasil), Sarmiento opta por el sacrificio del destierro para no ver de nuevo la patria desangrada: “Para mí los peligros, la lucha cuando todos desesperan; la expatriación y la oscuridad después del triunfo”,

pontifica hacia el final con exaltación romántica y objetivos explícitos de autopromoción.

Después viene *Campaña en el Ejército Grande* y la dedicatoria a Alberdi con la que éste encabeza sus cartas quillotanas, como dato concreto de filiación. Lo demás se puede leer en las piezas sucesivas con que se construye la polémica.

#### 4. La pasión por detrás de las palabras: los subtextos de Alberdi y de Sarmiento

¿De qué hablan Alberdi y Sarmiento? Los títulos de la polémica —organizados y sistemáticos en las piezas de Alberdi, desaliñados y aleatorios en las de Sarmiento— lo dicen: hablan del papel de la prensa de combate y del papel de la prensa política en la construcción de una paz con bienestar; del ejercicio del periodismo y de sus estrategias de formación de la opinión pública en esos momentos cruciales; de las relaciones de independencia o servilismo partidario que la prensa entabla para ello con los diversos actores de la nación.

Pero, ¿de qué se habla en realidad? ¿Qué otras cosas fundantes se discuten? ¿Qué *pasión*, qué *travesía* consume a cada polemista en la pulsión de su escritura? Alberdi y Sarmiento hablan —y disienten— sobre la distancia entre la ideología y la política, entre la teoría y la práctica, entre el discurso y la acción; hablan de las instituciones de la república y de los instrumentos de la democracia, del *saber* en la política, del *desinterés* y la *ambición*; hablan de la violencia y de la paz, de las alianzas y rupturas, de los incluidos y los excluidos del presente y del porvenir; hablan, en fin, del modelo de la “soñada organización” —son palabras de Sarmiento— y del lugar de cada uno en el *poder* y la *gloria* del inmenso desafío de construir una nación.

En la virulencia de las *Cartas quillotanas* y *Las ciento y una*, una parte significativa de las argumentaciones se basa en que Alber-



di es abogado y Sarmiento periodista (Alberdi clava con crueldad el estilete: Sarmiento no conoce la rigurosidad que otorga la educación universitaria); en que Sarmiento es un patotero de las palabras y Alberdi un intelectual crítico y objetivo (Sarmiento también pega donde sabe que duele: Alberdi dicta cátedra donde hay además que poner el cuerpo en tiempos en que el coraje físico es toda una valoración); en que Sarmiento es ambicioso y él desinteresado (Alberdi), en que Alberdi actúa por sinuosa conveniencia personal y él (Sarmiento) quiere el reconocimiento y los cargos públicos para concretar el gran país posible.

Por debajo de ambos discursos circulan algunos subtextos interesantes; entre otros, los siguientes, de fuerte resonancia emocional para los antagonistas.

### El subtexto de la formación académica

Sarmiento y Alberdi eran del interior, tenían la misma edad y ambos se habían postulado a las becas de sus provincias para continuar sus estudios en Buenos Aires en el Colegio de Ciencias Morales que les abriría las puertas de la Universidad, de los contactos y de las amistades entrañables (ahí conoció Alberdi a Esteban Echeverría, a Juan María Gutiérrez y a Miguel Cané padre). Si bien por mérito propio Sarmiento encabezaba la lista para obtener la beca de San Juan —la misma que Alberdi obtuvo en Tucumán—, no pudo finalmente acceder ni a ese Colegio ni a la Universidad ni a la vida en Buenos Aires. El mismo lo dice así en *Recuerdos de Provincia*:

(...) se despertó la codicia de los ricos, hubo empeños, todos los ciudadanos se hallaban en el caso de la donación, y hubo de formarse una lista de todos los candidatos; echóse a la suerte la elección, y como la fortuna no era el patronato de mi familia, no me tocó ser uno de los agraciados. ¡Qué día de tristeza para mis padres aquél

en que nos dieron la fatal noticia del escrutinio! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenía la cabeza sepultada entre sus manos.

Sarmiento nunca dejó de vivir como una carencia injusta el no haber podido seguir estudios superiores formales —sin duda el derecho estaba entre sus miras prioritarias—, al punto de que el irónico “Don Yo” con que lo nombran amigos y enemigos por su vocación de autoalabanza, también se nutrió en su momento con el uso circunstancial del *Doctor Honoris Causa* obtenido en funciones oficiales.

### El subtexto del coraje físico

Como escritores y políticos, Alberdi y Sarmiento —lo mismo que Echeverría y Mármol— fueron escritores románticos en la línea social y combativa, y como tales *proscriptos* en el Plata rosista según los definió Ricardo Rojas en su monumental *Historia de la Literatura argentina*. Sarmiento, en el oeste del país, con una dinámica diferente a la de la intelectualidad porteña en que se movía Alberdi, desde muy joven había participado en escaramuzas contra el poder provincial y atravesado varias veces la frontera huyendo de peligros y acechanzas. Alberdi, reunido en 1838 en el exilio de Montevideo con sus amigos perseguidos por la Mazorca, abandonó la ciudad rumbo a Europa a poco de comenzar el Sitio motorizado por Rosas. Alfredo Palacios da una visión interesante de la personalidad de Alberdi relacionada con ese episodio, que lo estigmatizó frente a los ajenos y a no pocos propios:

Hacer concesiones a la tiranía no es, sin duda, una prueba de valor. Muchos hubieran deseado ver a Alberdi enrostrar al déspota. Hubieran querido que no abandonara después a Montevideo cuando el sitio se hacía más peligroso, aun cuando es verdad que al hacerlo, “en vez de atacar al tirano desde Montevideo lo atacó de todas partes”, como él mismo lo dice, defendiéndose en una carta que le di-

rige a Sarmiento, desde Valparaíso, en 1853. Es evidente que su actitud, en este caso, contrasta con la muy gallarda de Esteban Echeverría, concurriendo, enfermo, con sus armas al llamado de los tambores, para defender la plaza. (...)

Pero no tenemos el derecho de exigir heroicidad a todos los hombres. Alberdi, el autor de *El Crimen de la Guerra* carecía de aptitudes militares; hizo concesiones a la tiranía, él mismo lo dice sin avergonzarse, porque sólo de esa manera pudo expresar su pensamiento para defender la libertad.

¿Y quién en esta hora se animará a arrojar la primera piedra al pensador que vivió para la grandeza de su patria? (...).<sup>7</sup>

### El subtexto de los cargos públicos

La cuestión de los cargos es sin duda espinosa: remite a la relación —siempre crítica— entre los intelectuales, la política y la acción. Si bien ambos comparten la misma pasión de construir con sus ideas un país diferente, Alberdi parece desdeñar los cargos, Sarmiento apetercerlos.

En los años posteriores a la polémica, Sarmiento los ocupa casi todos: ministro, constituyente, embajador, diputado provincial y nacional, gobernador, presidente de la República, senador. En ese aspecto, Alberdi —paradójicamente Sarmiento en la polémica lo acusa de ambicioso solapado— ofrece uno de sus flancos débiles en el país de la época: muchos de sus seguidores —con ofrecimientos concretos reiterados— hubieran querido verlo desplegando sus ideas en territorio argentino en puestos de las más altas jerarquías. Pero Alberdi, destacado jurista y exitosísimo abogado en Chile, estudioso de la economía política y pionero en algunas

<sup>7</sup> PALACIOS, Alfredo. "Prólogo". En: ALBERDI, J.B. *Bases*. Buenos Aires, Jackson, Col. Panamericana, 1946.

cuestiones del derecho internacional, nunca estuvo dispuesto a gestionar *in situ* la política.

Como lo manifiesta en numerosos escritos<sup>8</sup>, Alberdi cree que gran parte del destino estratégico de una nación se juega en la política de sus relaciones exteriores; y cuando decide abandonar el ejercicio privado del derecho, lo hace para ejercer brillantemente la diplomacia durante varios años como Ministro Plenipotenciario de la Confederación ante las Cortes europeas: lo nombra Urquiza y lo destituye Mitre —el enemigo sin tregua por personalidad, origen, ideología y proyecto— al asumir la Presidencia en 1862.

El Estado argentino nunca asumió los gastos del traslado de Alberdi al país y mantuvo fuertes deudas con él por sueldos atrasados, con una actitud especialmente endurecida durante la Guerra del Paraguay cuando Alberdi —castigado por ello en la prensa porteña con la acusación de traidor a la Patria—, develó y condenó en sus escritos el Tratado de la Triple Alianza, y asumió la defensa del Paraguay y de la política regional del Mariscal López. Lo cierto es que, a pesar de numerosos y reiterados planes de regreso que su epistolario privado testimonia, Alberdi vivió cuarenta años fuera del país.

### 5. El lenguaje de la polémica y las estrategias de enunciación

En la medida en que esta polémica entre Alberdi y Sarmiento entabla una relación dialógica con otros protagonistas de la historia, con otros textos y con la sociedad, la dimensión pragmática

<sup>8</sup> Ver entre otros, ALBERDI, Juan Bautista (1920). *Obras selectas*, Buenos Aires, Librería La Facultad, t. VI y VII; *Escritos de Juan Bautista Alberdi. El redactor de la Ley* (1996), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes (Presentación y selección de textos por Osear Terán.), etc.

del discurso, el lugar de la enunciación (*yo, aquí, ahora*), el lenguaje como *acto* y como *acción* adquieren particular relevancia. Es precisamente Alberdi quien en *Memorias sobre mi vida y mis escritos* lo dice así, refiriéndose a sí mismo:

Sus *escritos* son *acciones*. No son escritos literarios: son actos de coraje, de patriotismo, de sinceridad. En esto reside el respeto que inspiran y merecen, porque esto es lo raro en todas partes. (...) Si hay escritos que dan aplausos, simpatías, empleos, dinero, los de Alberdi no pertenecen a ese número, sino a los que dan odios, destierros, persecuciones, suplicios, sin perjuicio del respeto que se revela hasta por esos rigores, y que se agranda a medida que la justicia se hace conocer y recibe su ejecución.<sup>9</sup>

Más allá de las frases virulentas, recriminatorias, ensañadas, que remiten no sólo a discrepancias políticas de fondo, sino a cuestiones cargadas de juicios de valor, rivalidades y antipatías personales, la polémica que entablan Alberdi y Sarmiento a través de las *Cartas quillotanas* y *Las ciento y una* es de la mayor importancia: se trata —como ya se ha dicho— del debate apasionado y fundante sobre la *construcción* de un país. Ambas escrituras —más medida, fina y despiadada la de Alberdi, más de crítica visceral y desmesura la de Sarmiento— recogen las tensiones de la época, y los muestran como contendedores desafiantes y apasionados, seguros del vuelo político de sus ideas y de un manejo retórico eficaz de la argumentación y sus estrategias.

El tono es de guerra declarada: ambos son cultos, de pensamiento poderoso, dominan la práctica del ensayo y saben que la eficacia de su escritura está en *argumentar* y *convencer* transitando

<sup>9</sup> ALBERDI, Juan Bautista. *Mi vida privada y otros textos*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, s/f.

la difícil cornisa entre *lo verdadero* y *lo verosímil*, entre la *demonstración* y la *doxa*, entre la *alusión* y la *elusión*, entre *nunca* mentir y *nunca* decir *toda* la verdad.

Sarmiento va a hablar de la política de Urquiza y lo quiere a Alberdi como interlocutor: lo desafía, lo escarnea y espera satisfecho después de la *Campaña*. Alberdi, en silencio, se pertrecha y decide la estrategia de su discurso: tomará los agravios como si fuera un tema secundario, dirá que responde para defender la política de Urquiza (que es la suya desde la Joven Generación de Mayo) y para ello, *además*, tendrá que hablar sobre las condiciones y circunstancias del atacante.

Hecho el encuadre y trazados los caminos, Alberdi se dedica sistemáticamente a criticar el pensamiento de Sarmiento: lo desmenuza, lo destroza hasta dejarlo mal herido; todo desde un lugar de la enunciación que le permite construir la argumentación con una suerte de *retórica de la ecuanimidad* basada en dispositivos lingüísticos de distancia, objetividad, erudición y rigurosidad científica (en síntesis: *nada personal*).

Con esa retórica montada, Alberdi enmascara el pensamiento oblicuo del ensayo que instituye un discurso del “nosotros” (la mítica generación de la Asociación de Mayo) frente al “usted” que rebaja y aísla a Sarmiento apuntando despreciativamente a su soledad política y al carácter provinciano y periférico de su práctica inicial.

En la línea retórica de la ecuanimidad, en la “Segunda carta” y “Tercera carta” de las quillotanas, por ejemplo, Alberdi ataca con desdén arbitrario los escritos de Sarmiento desde un discurso de *analista político y cultural* que lo coloca en un plano superior. “El interés de este estudio es impersonal y desapasionado”, dice en la segunda, donde analiza exhaustivamente la *Campaña*; en la tercera —también como estudioso desinteresado— se dedica centralmente a mostrar las contradicciones del *Facundo* como obra política, y su origen literario en formato popular —el subtexto es

claro: ¿cómo compararlo con la seriedad del *Dogma socialista* o de las *Bases*? – en un diario que el propio Sarmiento controlaba:

En “El Progreso”, periódico de Santiago, redactado por usted en 1845, apareció como folletín el *Facundo o civilización y barbarie*, reunido más tarde en libro, que lo representa a usted más completamente que ninguno de sus escritos. Es su publicación más célebre en la realidad y a los ojos de usted mismo.

El discurso de Sarmiento, que parte del de Alberdi para refutarlo, se configura como su contracara: es irónico, visceral, comprometido, directo, apasionado, *personal*, con tono de invectiva latina. Como elemento organizador de sus respuestas, Sarmiento hace un análisis del discurso de Alberdi construyendo el propio sobre la *retórica de la ironía* – arma clásica de persecución y combate en el espacio agónico de las polémicas y la refutación – para desmontar, una a una, las argumentaciones de Alberdi y sus *modos de decir*.

En la “Primera de ciento y una”, Sarmiento brutalmente y sin tapujos, pone en espejo deformado, *traduce* en palabras violentas la agresión encubierta, tamizada con racionalidad de Alberdi, y le replica con dureza desde la herida abierta:

En la olla podrida, que ha hecho usted de *Argirópolis*, *Facundo*, *la Campaña*, etc., etc., condimentados sus trozos con la vistosa salsa de su dialéctica saturada de arsénico, necesito poner en orden para responder y restablecer cada cosa en su lugar. Por ahora me basta fijar las cuestiones primordiales

¿De qué se trata en sus cartas quillotanas? De demoler mi reputación.

¿Quién lo intenta? Alberdi.

¿Qué causa lo estimula? Ser empleado para ello.

¿Cómo le vino el empleo?

Negociándolo por medio de Gutiérrez, a trueque de escribir en Chile.

¿Cuál es el resultado de su libro? Dejar probado que no soy nada y que usted lo es todo.

Todo esto necesitaré tener presente en estas primeras consideraciones.

Además, Alberdi es un abogado culto y no periodista de profesión. Yo no soy sino periodista a sueldo, un *gaucho malo* de la prensa. Asumo con placer tal carácter; a bien que, escritos el libro de Alberdi y mis réplicas para lectores gauchos, gobiernos gauchos y ejércitos gauchos, que se están dando de sablazos, no les ha de saber tan mal el lenguaje *campestre* del pago, y el de la *ciudad pequeña*, que es el mío. Si no hago las reservas del abogado Alberdi es que él lo ha establecido: no soy abogado.

A la larga, la pasión pierde a Sarmiento: las simpatías políticas de Valparaíso y de las provincias argentinas confederadas acaban por inclinarse hacia Alberdi y el manejo discursivo de sus ideas, por sus modos de ataque y de defensa, por la *altura* desde donde responde con calma aparente, por sus actitudes firmes pero distanciadas, por su postura equilibrada frente a tanto torbellino avasallador, a tanta riqueza verbal sin duda convincente, pero peligrosa como maquinaria política de acción y persuasión. El mismo Sarmiento sabe de su prosa irritativa: “nadie estaba preparado a oír un lenguaje tan decidido como el que el mismo escritor había usado contra Rosas”, dice por entonces en *El Nacional* de Buenos Aires refiriéndose a la “Carta de Yungay”. La recepción de la polémica y sus efectos lo dejan devastado: “Vivo solo, como un presidiario que guardan Alberdi y el Club, gimo bajo el látigo (...)”, confiesa en la intimidad de la carta privada.

Quince años después, Alberdi –nuevamente enfrentado con Sarmiento a punto entonces de concluir su mandato presidencial– justifica su visión de la polémica en tono de reafirmación:

¿Por qué critiqué sus escritos? El me arrancó esa crítica dedicándome su libro que escribió para probarme el error que yo cometía en atribuir la caída de Rosas a la espada del general Urquiza y no a la pluma del teniente coronel Sarmiento. Desde entonces aspiraba a la presidencia a título de *libertador*. Ya había publicado sus *Recuerdos de Provincia*, para poner su candidatura, que no data de seis años sino de veinte. Urquiza era entonces el obstáculo de su mira fija. Naturalmente se puso a demoler los títulos de su rival a los sufragios de su país.

En 1850 —tres años antes de la polémica— Sarmiento había publicado *Recuerdos de provincia*, una autobiografía de familia pobre y prosapia provinciana entroncada con los fundadores de San Juan, construida a la medida de sus necesidades políticas del momento.<sup>10</sup> No era la primera vez: durante su largo exilio en Chile, en un medio de doctores y ricos comerciantes, Sarmiento se había preocupado por narrar su propia historia, por rescribir un relato de su vida que le permitiese instalar en el imaginario social una determinada imagen *de sí y para sí*.

En esa línea, en 1843 escribe el folleto *Mi defensa*, y en 1844 envía a Félix Frías la minuciosa carta “Reservadísima” (“reservadísima”: es la época de su prédica por la reforma ortográfica democratizadora), con estrategias discursivas de autodefensa y promoción.

Años después, Alberdi también cree necesario hablar de sí mismo con intención política: “Amar a su país, hacer de sus intereses el estudio de su vida, darle sus destinos, y vivir en el extranjero, es una contradicción que necesita explicarse”, dice en *Palabras de un ausente, en que explica a sus amigos del Plata los mo-*

<sup>10</sup> Ver HALPERIN DONGHI, Tulio. “La búsqueda de un lugar en el mundo”. En *Filología*, Año XXX, 2, 1998 (“Homenaje a Sarmiento”). Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

*tivos de su alejamiento*, ensayo que escribe en París en 1874.<sup>11</sup> Las estrategias literarias con que Alberdi despliega allí sus ideas, justifica su enfrentamiento con la hegemónica Buenos Aires, repasa las diversas circunstancias que lo llevaron al exilio primero y al autoexilio después, y señala los responsables del encono que lo rodea, lo siguen mostrando —como en 1853— en su mejor veta de ensayista y polemista:

(...) el motivo que me tiene hoy lejos de mi país bajo su gobierno dicho liberal, es el mismo que me hizo salir de él, bajo su gobierno tiránico, a saber: la poca confianza en la seguridad personal con que pueden contar los que desagradan al que gobierna, cuando el país, por educación o temperamento político, se desinteresa de la gestión de su poder público, hasta dejar nacer en sus gobernantes la ilusión de creerse un equivalente del país mismo. (...) Yo sé que para otros basta la libertad que consiste en el deseo de ser libre. Confieso que mi amor por la libertad no es un amor platónico. Yo la quiero de un modo material y positivo. La amo para poseerla, aunque esta expresión escandalice a los que la aman sino para violarla.

Así como Alberdi estaba habituado a los ataques que generaba o respondía con sus escritos públicos de factura impecable, Sarmiento, por su parte, había vivido entre polémicas ruidosas. Ya en 1842, en las páginas de *El Mercurio* de Chile, había discutido con Andrés Bello la cuestión de la lengua y la literatura en los nuevos países de la América Hispánica: Bello defendía las formas clásicas y la pureza del idioma y Sarmiento propiciaba la libertad literaria y el dinamismo de la lengua en tanto organismo vivo.

Poco tiempo después, una nueva polémica enfrentó a Sarmiento con Victorino Lastarria y otros jóvenes chilenos: mientras es-

<sup>11</sup> ALBERDI, Juan Bautista. *Mi vida privada y otros textos*, op. cit.

tos defendían el ideal neoclásico en la literatura, Sarmiento propiciaba y ejercía la renovación romántica en las pulsiones de su propia escritura. En uno de los tramos de esa polémica, dice:

(...) en lugar de ocuparnos de las frases, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan (...); y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre nuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en enseguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será apasionado, aunque a veces incorrecto; agradecerá al lector aunque rabie Garcilaso...<sup>12</sup>

Toda una reivindicación de esa *libertad del panfletista* —son palabras de Adolfo Prieto— que con irritación y desdén fustigará impudicamente Alberdi diez años después.

## 6. A modo de conclusión

Las circunstancias cambian y Alberdi y Sarmiento cambian con ellas: tanto producen que sólo se trata de seguir ese rastro en su escritura. Hay sin embargo algunos aspectos que parecen recurrentes: la claridad política de Alberdi sobre ciertas cuestiones estratégicas, su honestidad intelectual y su práctica personal alejada de los oropeles de la política (pero también del descenso a los infiernos de su ejecución); las ideas brillantes de Sarmiento, su capacidad pragmática, su vocación por hacer, su entrega y com-

<sup>12</sup> BARRENECHEA, Ana María *et al* (E. Lois, L. Pagliai, P. Cortés Rocca). *Epistolario inédito Sarmiento-Frías*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras / UBA, 1997.

promiso con lo público (pero también su actuación decidida en causas violentas, erradas e injustas).

La producción literaria de ambos es sin duda notable. Sarmiento escribe el *Facundo* en folletín por entregas y sienta las bases de un nuevo género híbrido que ficcionaliza el ensayo político e instala en la literatura argentina un linaje de escritura que cien años después se continúa en Rodolfo Walsh. Alberdi escribe las *Bases de la Constitución Argentina* en un texto minucioso, con un amplísimo espectro de problemas, estrategias y lineamientos político-organizativos, en el que define los *modos de la Ley* en la sociedad argentina: visto desde la literatura, Alberdi ramifica el texto en numerosos temas con peso diverso en la estructura general, trabaja la expresión de manera diferente según de qué cuestión se trate, recorre varios registros lingüísticos y construye su discurso para apuntar a diversos destinatarios implícitos.

En 1845, cuando Sarmiento apela en el *Facundo* a la célebre antinomia “civilización o barbarie”, establece uno de los grandes ideogramas de la organización nacional; cuando en 1852, Alberdi postula en las *Bases* que “gobernar es poblar” (con inmigración europea, un territorio habitado por indios al que se llama *desierto*) establece el otro.

Parte de la crítica cultural y la historia del pensamiento está aún dividida en partidarios y detractores de Alberdi y de Sarmiento, pero hay muchos que piensan que son dos voces lúcidas y comprometidas de un mismo repertorio de desafíos y problemas, con proyectos de país que no diferían grandemente.

Lo cierto es que se trata de los dos ensayistas políticos más importantes y vigentes de la organización nacional, cuyos escritos desplegaron desde la Argentina irradiaciones perdurables en la cultura sudamericana. Releerlos es siempre alentador, sobre todo en estos tiempos de búsqueda por los que, casi como un hábito, está atravesando nuevamente la sociedad argentina.

### Esta edición

La serie de las “Cartas quillotanas” se encuentra en el tomo IV de las *Obras completas* de Alberdi publicadas por La Tribuna Nacional en 1896-1897; la de “Las ciento y una”, en el tomo XV de las *Obras completas* de Sarmiento publicadas por Augusto Belín también en 1896-97. Ambas *Obras completas* contaron para su primera edición con el auspicio del Gobierno argentino a través de Leyes votadas por el Congreso de la Nación.

Como se ha visto, por la temática de la polémica y las circunstancias en que se desarrolló, se trata de un discurso *en situación* fuertemente cargado de referencias a la realidad del momento. A pesar de la abundancia de detalles de coyuntura —puntuales y excesivos en algunos pasajes para un lector actual alejado de los acontecimientos—, la edición de la polémica que aquí se presenta responde a una política editorial que incluye los textos completos de Alberdi y de Sarmiento con un doble propósito: por una parte, respetar las estrategias de despliegue del pensamiento original de ambos escritores sin intervenir en el texto con ningún tipo de actualización; por la otra —y en consonancia con la decisión anterior—, ofrecer a los interesados en la gran ensayística de la identidad cultural latinoamericana la frecuentación de una obra central de la literatura argentina con escasa circulación desde hace varias décadas entre públicos no especializados.

Lucila Pagliai

JUAN BAUTISTA ALBERDI

CARTAS QUILLOTANAS